



Hablar del sentido de la vida Talking About the Meaning of Life

Jean GRONDIN

Universidad de Montreal, Canadá.

RESUMEN

La pregunta por la vida, es un preguntar por y desde el sentido de lo que es y porta la vida. Interesa destacar la pregunta socrática o filosófica por el "sentido de la vida", en términos de existencia y realidad. La existencia del sentido la porta la vida; sin embargo, la dirección, la reflexión, la significación y, sobre todo, el sentir el sentido, es la tarea humana que le toca realizar a quien se pregunta por el *telos* de la vida, su fin o finalidad. La naturaleza del mundo es lingüística y por ende simbólica, el sentido es quizás su principal praxis semiótica que ayuda a interpretar la vida humana.

Palabras clave: Sentido, vida, existencia, hermenéutica.

ABSTRACT

The question about life is a questioning by and from the meaning of what life is and what it carries. It is interesting to highlight the Socratic or philosophical question for "the meaning of life" in terms of existence and reality. Life carries with it the existence of meaning; nevertheless, direction, reflection, signification and, above all, the sensing of meaning is the human task that must be accomplished by whoever asks about the *telos* of life, its end or finality. The nature of the world is linguistic and therefore, symbolic; meaning is perhaps its principal semiotic praxis that helps to interpret human life.

Key words: Meaning, life, existence, hermeneutics.

Voy a hablar de una pregunta bastante íntima que me ha sido propuesta por mis anfitriones. Es la pregunta por el sentido de la vida, del sentido de la vida. Eso me gusta porque no quiero presentar *el* sentido de la vida o dar una respuesta demasiado definitiva. Quiero hablar *del* sentido de la vida en el sentido partitivo de la palabra. Hay muchas cosas que se pueden decir del sentido de la vida. Lo primero que quiero decir es que es una pregunta que me apasiona desde siempre y que me ha incitado a estudiar filosofía. Ha sido para mí la pregunta decisiva de mi vida. Hay que descubrir este sentido de la vida antes de hacer cualquier otra cosa, y por eso estudio filosofía desde hace no sé cuántas decenas de años. Para mí esta es la pregunta decisiva de la Filosofía.

Pero debo confesar que estudiando filosofía me quedé un poco desilusionado, decepcionado con los filósofos, porque los filósofos de profesión hablan muy poco de esa pregunta. Hablan muy poco de esa pregunta porque es una pregunta que desdeñan. Cuando hablo con filósofos de esa pregunta, se sonríen, dicen que es una pregunta rara. Dicen que no es una pregunta científica, que no permite una respuesta de la ciencia dura. Y dicen que no quieren entrar en competencia con la psicología popular, que trata de esa pregunta, casi al límite de lo esotérico. Y los profesionales de la filosofía dicen que ese es un tipo de gente que no quieren frecuentar, una mala compañía, como tal vez se podría decir.

Y hay otros filósofos que dicen que la pregunta está mal planteada, o mejor, que no tiene sentido. Y yo les digo, bueno, si la pregunta no tiene sentido, ¿cómo habría que plantearla? ¿Cómo búsqueda de felicidad, de orientación, de algo así? Pero la pregunta hay que plantearla. Y es lo que quiero hacer, plantearla de modo filosófico. Porque a mi parecer, se plantea con excesiva parquedad, muy poco, para mi sorpresa y sorpresa de todos, esa pregunta sobre el sentido de la vida, fundamental para la filosofía. Porque, ¿quién habla del sentido de la vida? Son más bien los líderes espirituales por ejemplo. Hay un libro bastante bueno del Dalai Lama sobre el sentido de la vida que ha vendido millones de ejemplares. Hay psicólogos que hablan del sentido de la vida, hay sociólogos que hablan del sentido de la vida basándose en informes, en encuestas donde se pregunta a la gente ¿qué es el sentido de la vida para usted: es la felicidad, es el honor, es el dinero, el reconocimiento, el placer? Hay pastores que hablan del sentido de la vida, figuras religiosas. En los Estados Unidos, por ejemplo, hay un pastor evangelista, que se llama Rick Warren, que ha escrito hace poco tiempo un libro bastante famoso. Su libro se titula *The Purpose driven Life*, la vida dirigida por una finalidad cualquiera. Ha conseguido un gran éxito con este libro; es una persona muy famosa en los Estados Unidos. En la campaña electoral, por ejemplo, moderó un debate entre McCain y Obama, precisamente sobre esa pregunta. Les preguntó a McCain y Obama sobre esas cuestiones fundamentales. Y aquí digo, ¡bueno!, por lo menos alguien lo hace, por lo menos hay gente que se ocupa de esas preguntas. Pero cuando los filósofos lo hacen, los filósofos de profesión, las desdeñan. En Francia hay casos notables de autores como Luc Ferry o tal vez Savater en España que tratan de plantear esas preguntas de manera más sencilla, pero son vistos por los filósofos de profesión como filósofos mediáticos que buscan los micrófonos, buscan la popularidad y entonces la filosofía “profesional” se desentien de esas preguntas. Esa filosofía no me interesa porque yo creo que esa pregunta debe ser planteada. Lo que quiero hacer esta tarde con ustedes es abordar esa pregunta discutiendo tres preguntas. Este es mi plan, el plan que les propongo y que servirá para preparar mi conclusión:

1. ¿de dónde sale la pregunta, de dónde viene?
2. ¿qué se busca cuando se pregunta por el sentido de la vida? ¿de qué tipo de sentido se trata cuando uno habla del sentido de la vida?
3. y la tercera y última parte, ¿cómo responder a esa pregunta?

Voy a tratar de brindar, dentro de mis límites seguramente y con los límites de mi castellano, una forma de respuesta que hay que elaborar.

La primera pregunta entonces era ¿de dónde viene esa pregunta? Hice algunas investigaciones históricas, algunas investigaciones sobre las raíces de esa pregunta. ¿Cuándo nació esa pregunta del sentido de la vida? Aquí mi sorpresa fue descubrir que la pregunta por el sentido de la vida es una pregunta bastante reciente. Una sorpresa porque la gente piensa normalmente que todos los filósofos, que toda la humanidad, se ha preguntado siempre sobre el sentido de la vida. Y no es verdad. La pregunta sólo aparece en la segunda mitad del siglo XIX, alrededor del año 1875. Se sabe que antes existía el equivalente de esa pregunta pero se planteaba con otros términos, con otras formulaciones, formulaciones más clásicas que puedo recordar porque se presuponen en las respuestas a la pregunta sobre el sentido de la vida. Por ejemplo hallamos la búsqueda de la felicidad en Aristóteles. Aristóteles dice que todos los seres humanos buscan naturalmente la felicidad. La felicidad, o la tranquilidad de espíritu, como se encuentra por ejemplo en la obra de Agustín: tengo un corazón inquieto y busco la tranquilidad, busco la calma. La respuesta es una sabiduría religiosa, naturalmente en el caso de Agustín, y en otro caso interesante y, a mi parecer la mejor aproximación a la pregunta sobre el sentido de la vida, es la pregunta que nace un poco más tarde sobre el *fin* del ser humano, sobre la finalidad del ser humano. Se encuentra por ejemplo en la obra de Santo Tomás. Santo Tomás empieza la segunda parte de su *Suma de Teología* discutiendo sobre lo que llama el fin último (*de ultimo fine*) del ser humano. ¿En qué consiste este fin último? La respuesta de Santo Tomás es clásica: el fin del ser humano es la *beatitudo*, la felicidad. ¿Y en qué consiste esta beatitud? Su respuesta es hermosa y merece la pena ser recordada: la beatitud humana consiste en la visión de Dios, la *visio beatifica*.

Bueno, yo no tengo visión beatífica que ofrecer. Todavía no he encontrado desgraciadamente esa visión. Pero esta respuesta presupone esa concepción que viene de Aristóteles, que se mantiene hasta el siglo XIX, que sostiene que hay una finalidad en la existencia humana y que esta finalidad es la búsqueda de felicidad. Las únicas preguntas que se plantean son entonces en qué consiste la felicidad, cuáles son sus elementos, si la felicidad se puede lograr en esta vida, se puede perseguir en esta vida y todo eso.

La pregunta por el sentido de la vida presupone de alguna manera que este horizonte ha caído. Ha caído en el siglo XIX con la difusión de la ciencia moderna, por supuesto, con el éxito de la revolución industrial que pone en duda la idea según la cual los seres del mundo tendrían una finalidad.

La ciencia se entiende como un estudio de las regularidades de los fenómenos, no es un estudio de las finalidades de los seres. Un estudio de las regularidades de los fenómenos que deja abierta una nueva pregunta. Esa pregunta que se plantea en el siglo XIX y que no existía mucho antes es: ¿merece la pena vivir? ¿la vida conduce a algo o no? Esta es la nueva pregunta que presupone el absurdo posible de la vida. Esa es una experiencia que antes no había como tal. Es aquí donde nace la pregunta por el sentido de la vida. ¿La vida humana es, como decía Jean-Paul Sartre, una "pasión inútil" o conduce a algo? Esa es la pregunta por el sentido de la vida que presupone como posibilidad el absurdo de nuestra existencia.

En consecuencia, la respuesta a la pregunta por el sentido de la vida es una respuesta al absurdo que amenaza nuestra existencia en sí. No voy a decir más sobre el origen de la pregunta. Por supuesto que se podría desarrollar históricamente mucho más, pero yo quiero ahora avanzar un poco más.

La segunda pregunta que quisiera discutir es *qué* se busca exactamente cuando se habla del sentido de la vida, o, si se perdona la formulación demasiado filosófica, en qué consiste el sentido del sentido. Mi apuesta es que la clarificación del sentido ayudará luego a responder qué se busca cuando se habla del sentido de la vida.

Sentido es una palabra que me encanta, que tiene muchos significados preciosos que quiero destacar rápidamente y aplicarlos a nuestra pregunta por el sentido de la vida. Creo que aquí el castellano y el francés hablan del *sentido* casi en el mismo sentido. El primer sentido del *sentido* es lo que se podría llamar el sentido direccional. El sentido, tanto en castellano como en francés, caracteriza una dirección, la dirección del movimiento. Se habla, creo, del sentido del viento, del sentido de las agujas de un reloj, un sentido que va en una cierta dirección, de sentido único, del sentido de una corriente.... El sentido es algo que va en una cierta dirección, como nuestra vida, por supuesto. Nuestra vida es un movimiento, una extensión entre el nacimiento y la muerte. Este es nuestro camino, esta es nuestra corriente, si se puede decir. Y la pregunta que se plantea es adónde conduce ese sentido, ¿conduce a algo, a nada?, ¿conduce a esperanzas o no? Ese es el sentido direccional que ayuda a entender que ya hay esa dirección inherente a la vida misma.

Hay un segundo significado del sentido, que es el que yo llamo el sentido significativo. El sentido es lo que las cosas quieren decir. Es decir, cuando no conozco el significado de una palabra busco su sentido en el diccionario y cuando lo encuentro, entonces puedo utilizarla. De ese modo, el sentido es la interioridad de una palabra, es lo que ella lleva. Un acontecimiento, por ejemplo. Se puede hablar del sentido de un acontecimiento, de lo que significa. Aquí hay otros idiomas que tal vez son más ricos que los nuestros. En inglés, por ejemplo, se hace una distinción, en este punto, entre *meaning* y *purpose*. El sentido es el *meaning*, lo que algo significa, lo que algo trae, lo que algo lleva, mientras que el *purpose* es la dirección también, el fin de un significado. Quiero aprovechar este doble sentido en inglés para decir que el sentido significativo de la vida es un sentido que ya hay en la vida, que trae la vida y que la atrae como una finalidad, como un *purpose* puede dirigir a alguien hacia algo, puede agrupar en torno a algo. Entonces el segundo sentido del *sentido* es el sentido significativo. Y la pregunta que tendremos que plantear aquí es saber si el sentido significativo de la vida es algo que debemos inventar o construir o si se trata más bien de un sentido que ya está, que ya hay en la vida y que hay que descubrir.

Pero antes de llegar a eso quisiera destacar un tercer sentido del *sentido*. Es mi preferido. En esto el castellano es muy hermoso. El sentido no es solamente la dirección del movimiento o el significado que trae algo, el sentido es también la capacidad de captar algo. Es lo que llamo el sentido *sensitivo*. El sentido es aquí la capacidad de *sentir* el *sentido*. Se habla, por ejemplo, de los cinco sentidos, que son nuestras ventanas al mundo. Nuestros cinco sentidos, el gusto, el tacto, el olfato, el oído... son la capacidad que tenemos de sentir las cosas. Y se usa, naturalmente, el sentido sensitivo, en un modo metafórico cuando se habla del sentido del tacto, del sentido de lo conveniente, el sentido de las cosas: hay gente que tiene sentido para el vino, para la música, que desgraciadamente me hace falta... es la capacidad de apreciar las cosas, acogerlas y degustarlas. Lo que me impresiona es que lo que se aprehende con los sentidos es siempre un sentido que ya hay en las cosas. Cuando yo degusto una naranja, degusto una naranja misma, o una manzana, cuando percibo el sentido de una corriente, es la capacidad que tengo de sentir un sentido que ya hay, que ya está en las cosas, en la realidad.

Entonces, el sentido es la capacidad que tenemos de degustar, de saborear la vida. Esto es muy importante para el sentido en realidad, porque si alguien me preguntase en qué consiste mi respuesta al problema del sentido de la vida, yo diría que el sentido de la vida consiste en la capacidad de abrir sus sentidos al sentido de las cosas. Esto es lo que podemos hacer. Podemos saborear, disfrutar, el sentido. Se dice, por ejemplo, cuando alguien muere, que le gustaba vivir, es decir, que tenía un sentido para la vida, tenía la capacidad de disfrutar de la vida. Este es el sentido sensitivo, nuestra apertura sensitiva a las cosas.

Hay un cuarto sentido que deriva de este pero que como filósofo quisiera destacar también. Se habla también del sentido de un modo más reflexivo, de alguna manera más juiciosa. Se habla tal vez también en castellano de una persona con buen sentido. O en francés se dice "*à mon sens*", según mi sentir. Aquí, el sentido connota una apreciación reflexiva en la que se mezclan la naturaleza, la experiencia, el instinto, una apreciación reflexiva de las cosas que yo hago colindar con la filosofía misma. La filosofía debe desarrollar o contribuir a desarrollar este sentido reflexionado de las cosas.

Entonces tenemos esos cuatro sentidos de la vida que quiero pensar juntos, que quiero conjuntar: el sentido direccional de nuestra vida, nuestra vida tiene una dirección, una orientación; se pregunta en segundo lugar si esa dirección tiene un significado, si hay algo que la atrae, algo que la lleva; en tercer lugar el sentido designa nuestra capacidad de sentir este sentido, nuestra capacidad de sentir las cosas, de abrir nuestros sentidos al sentido, y, en cuarto lugar, la filosofía en sí misma es el desarrollo de la explicación, de la justificación también, eso no quiero olvidarlo, de una apreciación reflexiva de las cosas, de cómo las podemos sentir.

Tras esta clasificación espero que esto nos ayudará a responder a la pregunta. ¿Cómo responder a esa pregunta, cómo saber si el sentido que podemos sentir en las cosas, el sentido que podemos desarrollar de la vida, ¿Cómo hay que contestar, cómo hay que responder a esta pregunta sobre si la vida tiene un sentido?

Naturalmente, si uno quiere responder debe hacerlo con toda humildad, claro, porque es muy presuntuoso pretender tener una respuesta fija a esa pregunta. Seguramente tampoco haya una respuesta de catecismo a esa pregunta. Recuerdo cuando estudiaba en mi juventud, que teníamos un libro para los alumnos y el maestro tenía un libro en el que se hallaban todas las respuestas. Nosotros no teníamos las respuestas en nuestros libritos, esas estaban en el cuaderno del maestro, y nuestra esperanza secreta era siempre robar el cuaderno del maestro para ver en qué consistía exactamente. Para el sentido de la vida no hay una respuesta en el cuaderno del maestro. Después de una conferencia sobre este tema la pregunta quedará, seguramente. Y quedará porque esa pregunta solicita, necesita un compromiso, necesita un diálogo interior de cada uno que yo no puedo sustituir.

En cualquier caso, ¿la vida tiene sentido o no? Aquí hay una alternativa, ¿sí o no? Si no tiene sentido, entonces qué cansado, qué pesado es vivir, ¿cómo se puede vivir? ¿cómo se puede vivir si no hay sentido? Por eso yo digo que tengo un prejuicio favorable, lo confieso, a la idea de que hay un sentido en la vida. Porque pienso que la gente que niega que haya un sentido en la vida ya lo presupone al negarlo, porque sólo se puede negar que haya sentido en la vida si se tiene la *expectativa* del sentido. Es como si yo digo que la historia o un texto o una institución no tienen ningún sentido. Lo digo porque espero que lo tengan. En consecuencia, el sentido es algo que siempre está presupuesto en nuestro actuar, en nuestro pensamiento, en nuestro horizonte. Esa expectativa del sentido es la que debe ayudarnos a ofrecer una respuesta a esa pregunta. Y la otra alternativa que aquí me planteo es saber si el sentido de la vida es algo —el profesor Andrés Ortiz Osés ha aludido a eso— que debemos introducir en la vida, construir, ¿pero a partir de qué?, o si es algo que podemos descubrir en la vida, si es algo que podemos reconocer con nuestros sentidos en la vida misma.

Tiendo a pensar aquí también que las concepciones hodiernas del sentido de la vida son muy constructivistas. Presuponen que la vida no tiene nada de sentido, que el sentido siempre tiene algo que ver con nuestras construcciones, con nuestra educación, con nuestro bagaje cultural, con nuestros sistemas lingüísticos y todo eso. En este caso el sentido tendría que ver completamente con una construcción lingüística, no sería nada más que eso. ¿Pero es verdad que el sentido resulta de una construcción y además de una construcción nuestra?

Recuerdo un día, estaba sentado en mi jardín, en Canadá, sería verano porque eso sólo puede hacerse algunas semanas durante el verano. Estaba leyendo en mi jardín un libro sobre las construcciones del sentido, que el sentido sólo se da en las construcciones del lenguaje, etcétera. Un libro muy aburrido, en realidad. Y estaba mirando al jardín de mi vecina, donde me impresionaron, como en una visión o en un sueño, unas flores, unos girasoles. Los girasoles, el nombre lo indica, se giran mirando el sol. Y mirando eso he descubierto, tal vez leído, que miran el sol. Y me he dicho, ¡por Dios, qué movimiento más sensato! Hay un movimiento de la flor hacia el sol que no tiene nada de construido, que lo hace la flor por sí misma. La flor siente algo, algo, no sé qué, no soy científico, pero algo que conduce a la flor para su supervivencia a girar hacia el sol, porque eso es mejor para la flor. Por tanto, hay sentido ya en la vida, hay capacidad de sentir el sentido en la vida, ya hay movimiento sensato en la vida. Desde ese momento siento y descubro la misma experiencia.

Quiero compartir con ustedes algunas de esas experiencias que vienen de mi mundo, de mi propia experiencia, pues tal vez se puedan beneficiar también de ellas. Otro ejemplo que me impresiona: en Canadá tenemos, como se sabe, gansos famosos, los gansos canadienses. Cuando llega el invierno se van al sur. Se les llama aves de paso o algo así en castellano. ¿Qué hacen las aves de paso? Mi país es un poquito frío en invierno así que las aves se van al sur. Ese es un movimiento muy sensato. Hay ahí un movimiento con dirección, una dirección muy significativa, porque tiene mucho sentido irse al sur durante el invierno y no solamente para las aves. Van al sur y sienten que tienen que ir, no sé cómo, pero hay algo en las aves de paso que les impulsa a irse en invierno al sur. Es, como digo, un movimiento muy sensato porque seguramente la progenie de las aves no podría sobrevivir al invierno, no se podría alimentar, así que tienen que irse desde Canadá hasta Tierra del fuego, un viaje de veinte o treinta mil kilómetros, y se podría pensar que es un viaje loco, pero es muy sensato.

Un último ejemplo de mi país, no sé si será conocido, es lo que hacen los salmones del río Mackenzie. Son salmones que nacen en un lago, en la Columbia británica, pero no pueden alimentarse mucho tiempo en el lago de agua dulce, y por eso descienden por el río hasta el mar, donde viven algunos años y donde pueden alimentarse y nutrirse. Pero a finales de su vida, no sé bien por qué, vuelven a su lago de origen, de agua dulce. Lo hacen para dar a luz a su progenie. Seguro que su progenie no podría sobrevivir en el mar. Serían devorados o algo así. Hacen este viaje, el mismo que hicieron al inicio de su vida, para regresar a su lago de origen. Es un viaje muy triste este que hacen, muy patético. Tienen que saltar contracorriente y muchos osos los esperan para comérselos. Pero se arriesgan en el viaje para regresar a su lago de origen donde dan a luz a su descendencia que nace en condiciones que permiten su supervivencia. Los adultos mueren y se desintegran y sus pequeños se alimentan del plancton y de esa carne que se deshace y les nutre permitiéndoles sobrevivir, y el ciclo de la vida sigue.

Aquí veo las componentes del sentido que hemos distinguido antes. Hay una dirección hacia algo, hay un movimiento sensato y una capacidad de sentir lo sensato. Y se trata seguramente de un sentido que la naturaleza dota a las cosas, que no tiene nada, pero nada de construido, ya es así la naturaleza. Es una aspiración natural muy significativa porque es esencial a la supervivencia de las especies, y hay una capacidad de sentir, no sé exactamente cómo se hace pero como las aves de paso, como los salmones del Mackenzie y como muchos ejemplos del mundo natural, hay una capacidad de sentir.

¿En qué consiste este movimiento? Mi respuesta, provisional, naturalmente, de filósofo que mira y admira esas cosas es que en toda vida hay una aspiración a lo que llamo la sobre-vida. No solamente la supervivencia. La sobre-vida es la mejor vida. Cada ser, si se puede hablar así, busca lo mejor para sí, para sus congéneres, para su comunidad. Siempre hay esa aspiración a lo mejor que llamo una aspiración a la sobre-vida, y que hace del movimiento inherente a la vida misma un movimiento con sentido. Yo digo aquí que este movimiento con sentido que ya caracteriza a la vida es un

movimiento que no tiene nada de construido, pero que puede ser reflexionado a nivel humano. Los seres humanos pueden reflexionar sobre este sentido de dirección, de significado y esa capacidad de sentir dónde estará esa sobre-vida. En el nivel humano, por decirlo sencillamente, espero, el sentido de la vida se lleva a la conciencia, encuentra formas de elaboración, de formulación a través de símbolos, tenemos aquí en Andrés Ortiz-Osés un gran especialista en símbolos en los que se presenta este sentido de la vida, en las grandes obras de la cultura, las grandes obras de arte, las grandes religiones también, todas ellas atestiguan que hay un sentido ya en las cosas. Pero en mi opinión, es cierto que hay esa reflexión humana sobre el sentido que hay en las cosas y en la naturaleza, pero el sentido no *depende* de esa reflexión que hace el ser humano. Sería muy presuntuoso decir que el sentido dependería de nosotros. Es claro que podemos llevar este sentido a la conciencia. De ahí procede la idea presuntuosa de que el sentido dependería de esta reflexión nuestra. Sí y no. Nuestra reflexión sobre esa pregunta no es nada más que la reflexión sobre un sentido que ya hay. Ya hay sentido en la vida y podemos entenderlo, podemos explicarlo, admirarlo, formularlo (tal vez negarlo, pero eso presupone también una expectativa de sentido). Tenemos esa capacidad eximia de entender el sentido de las cosas. Quiero recordar en este punto unas palabras muy famosas de Albert Einstein que será conocido por todos, naturalmente. Einstein decía que lo único incomprensible es precisamente que el mundo sea comprensible. ¡Pero lo es! Podemos comprenderlo, podemos entenderlo. Podemos descubrir este sentido de la vida. Podemos entender las razones que ya están activas en la vida. Y, entre nosotros, de verdad, ¿quién no se ha parado a fijar su mirada sobre este sentido de las cosas? Por ejemplo cuando se mira una flor, un ser, descubrimos toda una riqueza de sentido, como cuando suena un órgano humano, un corazón. Mi padre era médico. Tenía esa formación directa en medicina y contaba lo complicado que es el funcionamiento del corazón. Muy complicado, porque son dos ventrículos y dos aurículas y la sangre que llega por un lado, se va al pulmón y vuelve, etc... ¿qué sentido hay en todas esas cosas? Hoy día hay gente que trata de inventar un corazón artificial. Funciona más o menos bien pero es muy difícil imitar esa obra de arte que ya está ahí, que ya hay en la naturaleza.

Pero el caso es que hay ese sentido, que ya está dado en las cosas, y podemos sentirlo, apreciarlo, saborearlo. Por tanto hay una dirección, y hay cosas, hay un significado y hay cosas, hay una capacidad de sentir esa dirección y de extraer algunas conclusiones.

Bueno, llego a las conclusiones. Hay algo con un sentido en la vida, que no tiene nada de construido, que no tiene nada que ver con nuestros sistemas de construcción lingüística. Y los ejemplos llueven en este sentido. Cuando un niño nace, tras unos minutos, grita. Eso tiene sentido. Quiero beber, quiero comer, quiero que te ocupes de mí... y todo el mundo lo entiende. Todos entienden qué quiere decir. Hay un grito natural que surge en la vida misma, que tiene sentido, que quiere decir algo y hay que reaccionar ante él. Hay que hacer algo para satisfacer al pobre crío. Yo desconfío por completo de la idea según la cual el sentido debería ser inventado, debería ser construido por nosotros. ¿Pero a partir de qué? ¿Desde dónde? Hay que intentar dar este sentido desde el que ya hay en las cosas, que grita desde ellas, esto es lo que quisiera decir (y gritar).

¿Qué pensar del sentido de la vida misma? ¿La vida misma tiene sentido o no, a la luz de la gran pregunta de la cual hemos partido, del absurdo potencial de la vida? Al final de una charla pueden abordarse lo que se llaman las preguntas últimas, sobre el sentido de la vida, ¿la vida es todo lo que hay? ¿hay algo después de la vida? Estas son las preguntas que se plantean cuando uno quiere hablar del sentido de la vida. ¿Cómo responder a esas preguntas? Como decía, la filosofía hoy día ha abandonado muchas de esas preguntas para hablar de otros temas que tienen mucha menos importancia. ¿Pero cómo abordarlas si no se hace partiendo de una doctrina religiosa, de una religión o una confesión? Aquí lo primero que hay que decir es que nadie lo sabe con seguridad. En este dominio no hay certeza. La respuesta honorable aquí es que lo ignoramos. *Ignoramus* se decía en latín a

propósito de Sócrates. Pero hay otro elemento que me gusta en la respuesta de Sócrates a esa pregunta. Sócrates dice no lo sé, pero en toda mi vida, en todo lo que he hecho, en todo lo que he encontrado he visto esa aspiración al Bien, he reconocido algo como esa tensión que reconoce que todo lo que hacemos tiene sentido. Hay un gran sentido ya en las cosas. Por eso, dice Sócrates, mi gran esperanza, mi *megale elpis* dice en griego, es que esta esperanza -traduzco- del sentido de la vida que he encontrado siempre en mi experiencia nutre, alimenta, mi expectativa de que la vida misma tenga sentido. Entonces, la idea de Sócrates que quiero retomar aquí aplicándola a una pregunta, a una situación muy paradigmática, es esa idea redescubierta de la evidencia del sentido que ya hay en las cosas, del sentido que podemos sentir, del sentido que podemos presentir, del sentido que podemos casi olfatear, es algo que nos regala una forma de esperanza que consiste en que nuestra vida tenga sentido, pero para eso tendrán que abrir sus sentidos al sentido que ya hay en la vida.